

ella se estudia con detalle a los escritores contemporáneos y se proporciona al mismo tiempo un breve resumen que abarca desde los orígenes hasta el siglo XIX. Tiene, además, la ventaja de ir destinada a lectores extranjeros, por lo que sus autores expusieron la historia de la literatura inglesa de un modo conciso y completo, al paso que llamaron la atención del lector hacia un grupo de libros capitales del pasado y del presente que se han hecho sobresalir de un fondo general que explica las contingencias políticas y el curso de las ideas.

El libro se divide en xv capítulos; en los doce primeros desde la formación de la cultura inglesa hasta la época victoriana, y a través de ellos se estudia paso a paso el desarrollo del idioma inglés; la invasión normanda, con su florecimiento de leyendas arturianas que ocultaban una determinada intención política; la literatura moralizante y satírica del siglo XIV, cuyos representantes fueron Landgland y Wytceif, hasta llegar, con Geoffrey Chaucer y los chaucerianos, al primer gran florecimiento de las letras inglesas. El capítulo III inicia ya el estudio de los clásicos (el Humanismo que llegó a su culminación con Tomas More), y los capítulos IV, V y VI, el de la obra de Spenser, Sidney, Shakespeare y la poesía dramática, y la época de Milton. La edad augusta de la poesía y el teatro se analiza en el capítulo VII, en ella se destaca como figura sobresaliente al creador del drama heroico y la comedia de sociedad: John Dryden, así como a los más importantes escritores del siglo XVIII: Gray, Macpherson, Blake, y la obra de los novelistas y filósofos. El período romántico, que surge en Inglaterra con la aparición de cinco grandes poetas y un gran novelista (Wordsworth, Coleridge, Southey, Byron, Shelley y Walter Scott), es tratado en el capítulo IX. En el siguiente se analizan la poesía y la prosa en el siglo XIX, que se inicia con Tennyson y Browning y culmina con la edad de oro de la novela (Thackeray, Dickens, Bronte y Thomas Hardy). Concluye esta primera parte la reseña del pensamiento y la acción victorianos, período en que cristaliza la obra de Livingstone, Stuart Mill, Ruskin y Thomas Carlyle.

W. J. Entwistle siguió el método cronológico porque, aparte de seguro, era el más conveniente para adaptarlo de una manera estricta y eficaz; por nota al pie de página van

PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

Vivía a fines del siglo XVI en la ciudad de México un judío llamado Antonio Machado ¡cualquier cosa! Por el testimonio de sus contemporáneos, acumulado en el proceso contra Luis de Carvajal, "el Mozo", se sabe que Machado era colérico, blasfemo, orgulloso, rígido, amante de litigios, de mala lengua y peor condición; pero hombre de agudo entendimiento, y gustador de coplas, canciones, salmos y romances. Su casa era sitio de reunión de letrados, músicos, sortilegos y adivinos que lograban disimular sus malquerencias y salidas de tono. Entre otros lo visitaba el médico portugués Antonio de Morales, otro probable autor del soneto "Pequé, señor..." atribuido, al parecer con razón, a Góngora.

Para ocultar su condición de judío, extremaba sus manías: vivía orando, de hinojos ante el altar cristiano, con tan gran simulación que no se supo que profesara la Ley de Moisés hasta que hubo muerto. Era sastrero, oficio que enseñó a sus hijas y del que vivió, con gran penuria. Todos los años por Navidad, al igual que nuestro poeta Carlos Pellicer, levantaba en su casa un "nacimiento" de los más concurridos y famosos de la piadosa capital del virreinato de la Nueva España. Con esto despertaba en amigos y visitantes un sentimiento de piedad que se traducía en dádivas y limosnas, con que Antonio Machado continuaba viviendo, víctima de una parálisis que lo tenía en cama de tiempo atrás.

Otras cosas cuenta don Alfonso Toro —tan injustamente olvidado— en su libro La familia Carvajal, acerca de Antonio Machado; pero una recuerdo ahora con mayor claridad. Y es que una de sus hijas, la que se llamaba Isabel, tenía buena voz y tocaba la vihuela y el clavicordio, lo que significaba un atractivo más en la pobre casa de los Machado. Cuenta, pues, don Alfonso, que en las tertulias solían cantarse salmos y cantos religiosos, pero que sin duda también cancioncillas de los tiempos de Boscán y Garcilaso, y que quizás no fuera remoto que también algunos romances españoles, entre otros el de la versión mexicana de la "Ermita de San Simón", aquí llamada "Misa de amor"; un eco del cual encontramos en el título y en el tema de un poema de José Joaquín Pesado: "Mi novia en la misa de alba". He aquí la versión de ese romance:

*Mañanita de San Juan,
mañanita de primor,
cuando damas y galanes
van a oír misa mayor.*

*Allá va la mi señora,
entre todas la mejor;
viste saya sobre saya,
mantellín de tornasol,
camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón.*

*En la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor;
y en la su cara tan blanca
un poquito de arrebol,
y en los sus ojitos garzos
lleva un poco de alcohol;
así entraba por la iglesia
relumbrando como el sol.*

*Las damas mueren de envidia
y los galanes de amor.
El que cantaba en el coro,
en el credo se perdió;
y el abad que dice misa,
ha trocado la lición;
monacillos que le ayudan
no aciertan responder, non,
por decir "amén", "amén",
decían "amor", "amor".*

El otro día, al leer un ensayo de Fernando Benítez, encontré una velada alusión a ese romance como algunas de las imágenes que integraban el mundo interior del español de la Conquista, y me vino la idea de traerlo a estos Pretextos para gozo de los lectores.

anotados los detalles biobibliográficos así como las ediciones modernas de las más importantes obras citadas.

E. Gillett, al redactar la historia de las letras inglesas de los últimos decenios del siglo XIX hasta 1950, usó de un método diverso: expuso la producción de este período por géneros, de suerte que fuese posible leer la historia de una forma literaria sin interrupción, y así se ocupa sucesivamente de la poesía, el teatro, la novela, la biografía, la historia y la prosa miscelánea: apartado, este último, en el que se agrupan todos aquellos libros difíciles de clasificar.

El enjuiciamiento de los autores contemporáneos resultaba comprometido y difícil, pero Gillett no se ha arredrado por su cercanía y da, de cada uno de ellos, una impresión justa que seguramente ya no habrá de modificarse en lo esencial.

Veamos, por ejemplo, algunos de los párrafos dedicados a tres escritores de los más conocidos entre nosotros: Somerset Maugham, Lawrence y Huxley.

"W. Somerset Maugham es un realista con cierto sesgo cínico... Parco en el uso de las palabras y escrupulosamente frugal en el de la emoción, es el maestro de la prosa narrativa y del diálogo... Ese (el aspecto más débil de la naturaleza humana), es el aspecto de la vida que tiene mayor atractivo para el autor". De Lawrence dice: "su capacidad descriptiva era inmensa, pero tenía pocas cosas nuevas que decir en la novela y la única razón de que haya sido saludado como profeta de un nuevo modo de vivir consiste en que mostraba la convicción más fuerte posible de sus propias opiniones, que repetía ruidosamente y, permitásemelo decirlo, con vulgaridad". "Huxley es un intelectual aislado en medio de un mundo antipático y escribe de una manera amena y provocativa... es, primordialmente, un escritor subjetivo a quien no parece interesarle mucho la mecánica de la novela".

Los grandes escritores norteamericanos, a excepción de unos pocos contemporáneos (Walt Whitman, Sinclair Lewis, William Faulkner), no van incluidos; pareció a los autores que, de hacerlo con todos, habría traído confusión a este vasto panorama. De cualquier modo, otro de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica, *La Literatura Norteamericana* de H. Straumann, completa la historia de la literatura en lengua inglesa.

J. P. B.